

La Palabra Indoamericana a través de Otto Morales Benítez

FERNANDO AYALA POVEDA*

Este es un capítulo del libro del profesor y escritor Fernando Ayala Poveda que lleva por título: **OTTO MORALES BENÍTEZ: LA PALABRA INDOAMERICANA**. Su publicación la hará la Universidad de Antioquia. Extensión cultural, que dirige Luz Helena Zabala, en su colección **Conozca a . . .** Antes han aparecido tres libros en ella: **Conozca a Manuel Mejía Vallejo** de Otto Morales Benítez, **Conozca a Tomás Carrasquilla** de Jaime Mejía Duque, **Conozca a Antonio García** de Jaime Sierra García. El cuarto volumen será la obra de Ayala Poveda. Es un ensayo en el cual el erudito analiza el legado ensayístico de Morales Benítez y sitúa su importancia entre el grupo de escritores del continente indoamericano. Para ello hace un escrutinio de las tesis esenciales del maestro en los veinticinco libros que ha publicado hasta el momento. Otto Morales Benítez siempre ha escrito en el género del ensayo literario, histórico, político, jurídico, socioló-

gico, social. La obra de Morales Benítez ha logrado ser conocida en el exterior del mismo modo como sus actuaciones en congresos internacionales relacionados con temas de la mayor consideración para la vida y el mejoramiento del desarrollo de los pueblos de nuestra área. Ayala Poveda está reconocido como crítico —autor de 6 libros entre los cuales se destacan: **Novelistas colombianos contemporáneos** —Universidad Central 1981— **Manual de Literatura colombiana** —Educar Editores 1984— **Poesía colombiana contemporánea** —Centro Colombo-Americano 1983— que han tenido juicios de encomio en la prensa nacional y extranjera. Como novelista su creación tiene características de una maestría concentrada en la recreación de situaciones, en la calidad de los personajes y en la sabiduría del manejo del idioma. Ahora, en el libro: **Otto Morales Benítez: la palabra Indoamericana**, vuelve a confirmar las calidades del prosista y del hombre de cultura universal.

*Novelista, crítico literario, profesor de la Universidad Central, autor del nuevo libro sobre historia de la Literatura Colombiana.

A. ACTITUDES, UNIVERSOS, TEMAS.

No existe ensayista sin filosofía, sin cultura, sin formación ecuménica en la ciencia y el arte. Si se tienen estos dones acumulados, debe escribirse con maestría en el género. Tampoco perdura el ensayista sin óptica, sin conciencia de su oficio, sin el aliento de su vocación y sin denuedo en el trabajo intelectual. Viajemos por las actitudes de Otto Morales Benítez ante universos esenciales.

1. Ante el mestizaje.

Otto Morales Benítez encuentra en el alma mestiza la raíz de la liberación del continente. Si antes el mestizo era un ser sin conciencia de tal, sumiso, despojado de todo, menospreciado, humillado, violado, exterminado, reducido a la herejía, condenado como ser creador, después, cuando tuvo conciencia de su tierra, cuando supo que en sus manos había una fuerza histórica capaz de iluminar a sus líderes, entonces comenzó su gesta, inició su marcha con Galán, Bolívar, Uribe, Gaitán, y los demás capitanes secretos. Se dice que el ensayista describe un mundo y que éste acaba por definirlo. Asimismo, Otto Morales Benítez encuentra sus perfiles en los temas, en los autores que vive e interpreta. Por eso su voz es permanente y actual y su actitud tiene un filo digno de meditación: de quien no quiere olvidar la historia porque está condenado a repetirla. Sobre el mestizo y su liberación anota:

Eso pasó en América a finales del siglo XVII. Aún hoy no ha terminado esta ingente labor para mostrar el perfil americano. Todavía tenemos multitud de hazañas por descubrir; de regiones por analizar; de temas por esculpir y llevar a la pintura.¹

Y como si esta presentación fuera una introducción bíblica, de fundación y esperanza, continúa en otro texto:

En América sucede cuando aparece el mestizo con sus propias características. Cuando hay un hombre nuevo, que vuelve a sentir el paisaje como cosa propia. Que no está hipotecado a un gobierno real, ni sometido a una sola línea de sangre. Cuando este individuo hace su aparición sobre el suelo americano, tomando posesión de su tierra, comienzan a volar, de cordillera en cordillera y de llano en llano, canciones populares que ya incorporan los elementos naturales a su júbilo y a su poesía. Y dejan de representar en la plástica, aquello que oficialmente se ha indicado. Muy al contrario, se van permitiendo toda clase de libertades, para llevar elementos nuevos, símbolos y objetos que no pertenecen al mundo espiritual del conquistador: es la vasta presencia del mestizo. Y van levantándose voces para reclamar derechos políticos y reivindicaciones, que sólo ellos sienten, pues los otros están sometidos o están comprometidos con la metrópoli que imparte órdenes. Es el caso americano exactamente. Mientras no se había producido esta fusión de razas, aquí la placidez colonial se renovaba, en cordiales muestras de efusión, al cambio de los virreyes. Y el lento ritmo de la existencia se iba ampliando en leves complacencias gubernamentales.²

Esta radiografía colonial no puede ser mejor estímulo para el presente, en

1. Morales Benítez, Otto. *Revolución y caudillos*. 2a. ed. Mérida (Venezuela), Universidad de los Andes, 1974. Pág. 34.

2. *Op., cit.*

el cual las viejas estructuras siguen presentes y el mestizo pugna por renovarse, por acentuar su fuerza, por hallar un camino de salida a sus necesidades primarias. Otto Morales Benítez llega a este ser como un artista y como un pensador. Por eso lo asume como el poeta del cielo, como el revolucionario de la historia, como el trabajador secreto, como la estirpe sensible de nuestra expresión íntima, biológica, cultural y total. En este aspecto su ecumenismo se hace envolvente. De ahí que para él la muchedumbre tenga la voluntad prioritaria en las últimas decisiones. De ahí que confíe en su pueblo sabio y creador. Aunque su visión pretenda el nivel ideal, se aproxima, en comprensión, al hombre nuevo que, por ejemplo, propone la saga de ensayistas latinoamericanos de hoy.

2. Ante el colonialismo.

Hemos esbozado en parte las actitudes de nuestro autor frente a este problema grave que ha mantenido a la América Latina entre la espada y la pared. No obstante, reflexionando, pulsando la historia de nuestros pueblos, podemos entender que el continente no ha estado cruzado de brazos ante el fenómeno. El ensayista dice:

En primer lugar, fue rota la tradición cultural y la civilización de los indígenas. Después, con recia censura, se nos sometió al pensamiento español. Nos impusieron la conducta española. Nos quedaron todos los resabios colonialistas. Y como no teníamos economía propia, entonces todos los exégetas del imperialismo predicaron la incapacidad del hombre americano para alcanzar su propio destino y señalaron el medio —el trópico— como totalmente adverso a ninguna civilización ni a ninguna cultura. Entonces así podían dominar tanto nuestros recursos naturales, como influir en nuestros destinos políticos. Y teniendo estas palancas en sus manos, impedir el desenvolvimiento de una posible civilización y cultura. Para ello encontraban, además, un grupo de intelectuales —con bronco resabio de clase privilegiada— que desdeñaba al pueblo y le negaba toda capacidad de raciocinio auténticamente creador. Todavía es título de inteligencia, en muchos medios, despremiar lo nacional y renegar de lo americano.³

Estas palabras son una verdad sin cortapisas, dichas con elegancia, reiteradas beligerantemente, con decencia, por nuestro autor a lo largo y a lo ancho de su continente de ensayos, ya en la Academia de la Lengua, ya en sus múltiples conversaciones donde hace ensayo oral, mágico. ¿Qué puede valer un pueblo sometido? ¿Qué cultura puede expresar? ¿Qué destino le espera a un pueblo que le han cambiado el traje, las palabras, los sueños, los gustos, la estética? Quizás nada. Otto Morales Benítez no acepta este designio triste para sí mismo, para su pueblo. Por eso no lo renuncia. Por eso lo padece y lo canta. Un pueblo sin independencia, sin cultura y sin brújula de identidad, es un pueblo humillado, expoliado en su paisaje que es oro y uranio, sangre y honor. Si señor. Otto Morales Benítez lo supo desde cuando fue un joven capitán y recibía una crítica invisible, tímida, de parte de aquellos que se sentían foráneos en sus raíces, extranjeros en su propio cielo. No es sencillo de ningún modo expresar la potencia múltiple de su visión. No lo logramos al tocar apenas algunas ondas de su palabra. Sólo sus libros pueden concedernos esa gracia con una lectura amorosa. Esos libros sociales donde el ensayista habla de hombres que hacen la vida, de seres que construyen el porvenir. Sus libros están dirigidos a hombres de carne y hueso, que sufren y

3. Morales Benítez, Otto. Caminos del hombre en la literatura. Pág. 1.

construyen ciudades y soportan matanzas y reconstituyen los árboles y tienden los puentes y sudan sangre para sostener los pedazos de una nación mancillada, pero no destruida jamás. El mismo Morales Benítez profundiza este reto tremendo de América Latina frente a todo colonialismo en una cita de Enrique Pérez Arbeláez:

El arma más efectiva usada por los imperialistas para retener sus colonias, ha sido mantener en los pueblos la convicción de su incapacidad. Incapacidad intelectual para resolver sus problemas vitales, incapacidad de su medio para sostener hombres altivos, suposición de peligros en el derecho de nacer, ayuda técnica que amortece el vigor investigativo propio. Y lo peor es que este sometimiento esclavizante tiene en nuestros países una poderosa quinta columna empeñada en devaluar y coartar la ideología, las costumbres, el ambiente y los derechos a disfrutar la vida criolla. Así el desconocimiento del trópico, su vilipendio, han conducido al desprecio de los que en él nacimos.⁴

Amarga verdad, terrible saeta, confirmación de una verdad que atormenta pero a la cual América Latina ha sabido darle respuesta. Otto Morales inquiera e ilumina con su palabra esta realidad en que se debaten los pueblos latinoamericanos. Leer los textos de este erudito, escritos en forma clara y precisa, es una manera de pulsar esta verdad, esta reflexión de lo que fuimos ayer y somos hoy. No es aceptable fragmentar en múltiples citas la obra de un creador. Ahí dejamos la página abierta de sus libros. Ahí, entre el maíz y la colonización antioqueña; debajo de la pisada del indio que verdaderamente significa príncipe del sol; al otro lado de la piedra incaica; sobre la voz norteamericana de Walt Whitman; frente a los escalones de León Felipe y John Reed; al lado del arpa de Barba Jacob y de Pablo Neruda, podemos recorrer la soledad y la rebeldía de este reino terrestre, los secretos que se quedan en los surcos. La historia de nuestra liberación nos llega de la mezcla de hombres negros, españoles e indios, según el decir de Otto Morales Benítez; de hombres altos, como la luna, con nombre de alegría: Camilo Torres, José Martí, Gabriel García Márquez. Todos están en el centro de este continente lleno de muerte y esplendor, dominado por el analfabetismo y la soledad, pero presente en el desafío, en las banderas de las muchedumbres, siempre beligerante en los hombres que se hacen libres y se dan un rango de valor entre los filos de la historia, que también se sueña más allá de la provincia, del bohío, de la canoa, del arrecife. He ahí ese hermoso hombre-mestizo resucitado, amantado con la leche de la resistencia, con la risa de los tigres, forjado en la cicatriz y el grito. Ahí está: con las manos extendidas por encima de la soledad hacia la solidaridad. Y entre esos hombres halla Otto Morales Benítez su aliento, su palabra, identifica su esfuerzo social. Por eso su voz resuena en frases como éstas:

Aquí está el recuerdo con nosotros, Machu Picchu. Un aire nos sacude el ala del sombrero, nos agita la corbata, nos hace estremecer en la cresta de la montaña. Nos sentimos parados en lo más profundo de la historia de América. Estamos sacudidos por un viento de poesía. ¿De dónde viene? ¿Del misterio del paisaje? ¿De nuestra emoción ante lo mítico? ¿De la fidelidad a lo recóndito de la leyenda que circunda a Machu Picchu? No lo sabemos. Quizá sí: de la autenticidad americana, entrañablemente americana, que aquí nos golpeó con su testimonio de piedra y de siglos.⁵

4. Morales Benítez, Otto. *Revolución y caudillos*, pág. 42.

5. Morales Benítez, Otto. *Señales de Indoamérica*, pág. 53.

En esta bella oración solar está expresada claramente **La Memoria de la Resistencia**. Resistencia que se niega a que la despojen de la memoria de nuestro amor, nuestro arte, nuestra existencia civil, original, mítica, en vía al hombre nuevo. En el fondo de esta oración solar, Otto Morales Benítez se hace un hombre total, un hombre que supera escuelas políticas, razas, credos y filosofías, para instalarse en lo suyo, en el barro y la naturaleza tropicales que le dan el aliento.

3. Ante el analfabetismo.

La visión de nuestro ensayista sobre este tema encierra unas singularidades impresionantes. En efecto: saber leer y escribir no es sencillamente el acto de conocer unas reglas alfabéticas y pronunciarlas y reproducirlas. Es ser capaz de penetrar a nuestra historia y escribir nuestras luchas. He ahí el asunto: al tener conocimiento de su mundo —su duro y exigente mundo colectivo— América Latina no se deja dominar de esa plaga endémica de gramáticos que han torcido su destino, desde su formación como estado y al desarrollar sus instituciones nacionales. Así, muchos de los mestizos han sido convertidos en carne de cañón para defender intereses que no rozan sus vidas, y lo han hecho con banderas frágiles, que no son comunitarias. Se les lleva a las urnas para que fortalezcan sistemas que sólo garantizan su propia hambre. No siempre es así. Otros han acompañado con conciencia de causa social a movimientos que han marcado hitos de gloria rebelde y de conquista. Al respecto, sobre el mismo espacio de este debate, Morales Benítez dice:

Hay una situación que es muy preocupante en todo hombre público. Es la del analfabetismo. Tengo una tesis que roza con algunos profesionales colombianos y es la siguiente: el analfabetismo más fuerte en el país es el de los profesionales, que teniendo el instrumento para leer, para adquirir ilustración y participar en la formación de la cultura nacional a que tenemos que desembocar, no utilizan el instrumento. Hay otro fenómeno: se han creado tantos colegios de bachilleres y tantas universidades que es bien discutible si se pueden conseguir profesores adecuados para la educación media como universitaria. ¿No estaremos dando la impresión de que extendemos la cultura por todas las regiones y lo que conseguimos es un engaño en el desarrollo de la cultura, en la propagación de la misma o en la transmisión de ella?

El ensayista deja abierto el interrogante. El problema del analfabetismo político, cultural, económico, implica para los pueblos de América Latina una situación de postración comunitaria. Un niño suizo tiene seis mil horas en la primaria, ante las 2500 horas del infante colombiano. El bachiller se forma a los 22 años. Otros desertan. Al hombre de la provincia, no le queda tiempo de aprender a escribir. Está sometido a la exigencia apremiante del trabajo, a purgar la condena de sus limitaciones, a padecer las plagas de la violencia. Los planteamientos, naturalmente, como todos los que se hacen con criterios literario o político, se inclinan hacia la base de que es necesario revolucionar las estructuras injustas, cambiarlas radicalmente por otras donde se borre de la faz de la tierra el analfabetismo, para que el pueblo mestizo tenga la posibilidad de escudriñar su propio código y su propia voluntad histórica. Al leer a Morales Benítez en torno de estas materias, se

-
6. Morales Benítez, Otto. *Aguja de marear*. Bogotá, Banco Popular, vol. 97, 1976. Pág. 386.

le encuentra lúcido y con juicios y propuestas que se asientan en la propia identidad de nuestro destino. Y sin que se le escuche una quejumbre demagógica. Son juicios pronunciados con rigor.

4. Ante la creación artística.

En este punto, el más amplio en los textos de Otto Morales Benítez, podemos subdividirlo en distintas vertientes, sin ánimo de esquematizar, sin pretensión crítica, sin afán de agotar la fuente fundamental. Sobre este aspecto hay un camino de partida. Ya Zalamea había escrito que los indígenas de América, que los mestizos, podían crear como los hombres de los pueblos desarrollados. Si el mestizo no pudiera crear y así se aceptara (muchos lo creen), estaríamos tolerando la herejía hispana de no otorgarle alma al hombre americano. Pues bien. Entre nuestras civilizaciones y culturas, existen creaciones que asombran a los duendes y desafían la matemática, el equilibrio de la geometría, la ley de la gravedad. Que lo digan si no San Agustín, en Colombia y lo que albergan ciudades como El Cuzco, Guatemala, México, la Isla de Pascua, en Chile. De hecho no vamos a probar lo que de por sí es una afirmación irrefutable. Sencillamente deseamos vencer el falso mito de la incapacidad creadora en nuestro medio. Veamos lo que opina Morales Benítez al establecer cómo el barroco que quiso imponer España a los mestizos, propició una revuelta espiritual. Fue, según él, la primera rebelión indoamericana:

Lo que ese trasplante evidenció fue la rebeldía intelectual; permitió que ella se manifestase con toda plenitud espiritual. En ese barroco americano lo que advertimos es el medio de la protesta de todo un pueblo contra el colonialismo mental. Es la primera gran lucha de un pueblo —de un nuevo pueblo de mestizos— contra el poder dominante. Allí está el rechazo a la imposición. Tenía que ser a través de estos elementos artísticos, porque les habían arrancado los símbolos de la escritura donde los tuvieron. Y no habían sido reemplazados por otros medios de expresión. Pero la artesanía para tallar, para pintar, para bordar, para trabajar la plata o hacer cestos, para la cerámica, estaba aún viva en las manos y el temperamento de los hombres de América. Por eso en ella aparece con todo su poder de lucha. Esta, también es otra de las altas calidades del arte popular de nuestras gentes.⁷

Esta observación acertada se sigue cumpliendo en América Latina. El pueblo mestizo no ha renunciado al arte. Todo lo contrario, hoy en día tiene una de las literaturas más bellas y florecientes del mundo. Su pintura expresa e interpreta su medio. Su escultura talla sus nuevos e inquietantes símbolos estéticos que recogen sus sueños. Su música sigue ascendente sus retornos, aunque se le expolie y, en ocasiones, se le suplante por otra. Pero ella está ahí, con el pulso de la expresión popular. Son infinitas las posibilidades de creación del continente. Eso se aprecia en la calle, en el hogar, en el campo, donde los hombres construyen sus propias casas. Cantan los alfareros, los herreros, los metalúrgicos, los textileros, los hombres de la ruralía. Se convierten en hombres indoblegables en razón de su multiplicidad de recursos. Nada detiene esta vitalidad del mestizo. De ahí también su lenguaje plural, rico en giros, siempre en procura de atrapar la realidad, de eludir la dictadura, de otorgar mensajes en clave para la rebeldía: todo ello lo interpreta Morales Benítez en su rica y varia obra intelectual.

7. Morales Benítez, Otto. *Muchedumbres y banderas*, Bogotá, Plaza y Janés, 1980. Pág. 35.

a. **La creación de la palabra.**

Por mestizaje también se entiende el cruce de las expresiones de los distintos lenguajes: el español, el indígena, el africano. Así se escucha la voz del hombre universal. La palabra no es estática. Ella debe marchar en busca de la realidad y desentrañarla. Y el pueblo mestizo la crea, la modela, le da nuevas inflexiones para que revele sus padecimientos.

Morales Benítez nos pone en guardia contra los sometimientos del lenguaje; contra los factores que oprimen la palabra, contra las conquistas y las dominaciones económicas y culturales. El quechua y tantos otros idiomas primitivos, siguen vivos, pero sosteniendo una lucha desigual. Desde luego, existe el español americano que se defiende con recursos inusitados porque lo habla un continente. Tres aspectos observa Morales Benítez frente a la palabra: la identidad (rito y magia, comunicación y amor), la instrumentalización de la palabra (en los distintos órdenes de la vida pública) y, finalmente, la humanización. En el primero, deja sentir que sin palabra nacida de las expresiones comunitarias, no existe una verdadera personalidad social. En el segundo, alerta sobre el revoltillo, curiosamente babélico de Latinoamérica, que destruye el español con su jerga. No olvidemos que el especialista de la palabra, cuando se radicaliza y la asume como objeto de museo, como fósil, la destruye, la paraliza y vuelve el lenguaje bárbaro, propicio a la oscuridad ideológica. En el tercer punto sostiene que la palabra parte de una integración entre comunidad, artista, obra y escritor. Estas bases se enlazan y van y vienen enriqueciéndose. La palabra sólo puede salvarse a sí misma cuando el hombre esté liberado. El autor apunta:

Lo humano, pues, como siempre, es lo esencial. ¿Qué son las letras, las consonantes, las sílabas, las palabras, las frases, si no están al servicio de la exaltación de los valores humanos? El ser ciudadano, es tener un alfabeto para emplearlo en formas de expresar las manifestaciones de una cultura, la que le corresponde a uno según el espacio y tiempo que le haya tocado vivir, de acuerdo con las influencias de lo histórico, de lo económico, inclusive de lo que transitoriamente roza nuestro sitio en el mundo.

Cada vez nos tocará recordar a los escritores, artistas, creadores, científicos y estadistas, que lo esencial es el hombre. Que estamos para ser solidarios con su destino. Sólo la palabra podrá salvarlo. Porque ella lo exalta, lo enriquece, le permite caminar por lo fantástico, iluminarse interiormente con la poesía, recrear la naturaleza desde la semilla hasta el árbol que lo custodia con su sombra, su fruto y su aroma. Y que la palabra se ha hecho para que la solidaridad renazca en cada amanecer.

Ciertamente la palabra nos aprisiona y nosotros hacemos que ella viva y se proyecte. La labor de desenmascarar la retórica del olvido, la palabra formal, es una tarea urgente que están realizando los mestizos. No hay descanso en el hogar, ni en la trinchera, ni en el horno, para asegurarle a esa palabra la libertad de su contenido, la socialización de sus interrogantes.

b. **La creación de una estética.**

Cada vez que se lee un texto de Morales Benítez, llegamos a una estética que no se inclina tan solo por la belleza, sino que favorece el juego, la curiosidad, la fantasía, la luz y la sombra, la iluminación y el

8. Morales Benítez, Otto. **Caminos del hombre en la literatura**, pág. 1.

esplendor. Así nace el compromiso con lo que se habla y lo que puntualiza con la palabra. Tal vez por ello, cada vez que nuestro ensayista se compe-
netra con una reflexión —histórica, literaria, política, jurídica, sociológica,
artística— con un nombre, con una obra, plantea la crítica de la crítica a
través de un ensayo de ensayo de aquello que examina. Así, de manera
totalizante, surgen sus grandes preocupaciones, sus amores y sus ejer-
cicios de realización. Veamos en uno de sus textos clásicos esa sensación
que genera su estética y que tiene un profundo contenido:

A Neruda le debemos el segundo descubrimiento de Indoamérica. Su "Canto General" nos pone en evidencia de cómo es nuestra América. Y lo dice amándola, cantándola, exaltándola. Nos enseñó los nombres de los ríos más misteriosos. Nombró las piedras que tutelan todas las canteras en nuestros dramáticos países. Nos hizo el inventario de los árboles, de los colores de las flores, del significado hondo de la virtud de los líderes, o, en sentencias estremecidas, dijo su repudio y su odio —recogiendo el sentimiento popular—, para sátrapas y bandidos engolados de hombres de gobierno. Nos cantó todo lo humilde que las manos del hombre y la mujer van tejiendo, mientras hay horas de soledad y de melancolía que los cubre. Se internó por nuestras selvas para poder mentar, con las voces regionales, todas las plantas que alimentan a las humildes gentes. Se fue despacio por la historia para exaltar los rudos varones de leyenda política, pero que no tienen sitio en los cartabones oficiales, sino que son los oscuros precursores de nuestra independencia. Se detuvo en los montes para decirnos cómo desde allí es el horizonte. Y nos reveló cómo fue la creación, el arte, la imaginaria y las construcciones del hombre primitivo. Neruda se volvió así el geógrafo, el historiador y el geólogo de un mundo en desorden. El nos ordenó las sílabas para que descubriéramos su contorno y su profundidad. El nos hizo el milagro poético de unificarnos. Allí se combinan, como en toda su obra, lo rudo y lo tierno. Y vuelven todos los elementos —los impuros y terrestres— a unirse a los altos y sutiles del amor, la epopeya y la leyenda. Y se hace cierto lo que él dijo de sí: "Soy el poeta de la intemperie."⁹

Morales Benítez no solo canta a Neruda sino que lo explora e ilumina con una finísima sensibilidad poética, marcada por sus palabras musicales, haciendo contrapunto con los guiones, con el movimiento de la Y, con el estremecimiento de la palabra humanizada. La vitalidad de su diálogo revela a un hombre que es Otto Morales Benítez. El parece ausentarse en el sueño. Pero no: sigue siendo él mismo, aun cuando se haya compenetrado con Neruda en ese instante. Sólo de esa manera este texto bello, tierno, clásico en la interpretación solar de un autor, es posible pulsarlo con esa emoción y con ese asombro. Esto misterioso, esto entrañable, este código de color y armonía, es lo que Otto Morales Benítez construye como una estética: autenticidad cantada en términos corales; patria americana acariciada; hombre situado en el centro de nuestras revelaciones estéticas instrumentales. Otro crítico literario seguramente hubiera matado a Neruda con la semiología o con la lingüística. Morales Benítez conciente de una estética lo recupera. Esta estética cruza por todos sus libros y él la busca y la propone. La palpa en las esculturas de Pedro Nel Gómez, o en las de el Aleijandinho y, también, en los ritos misteriosos del minero; en la audacia soterrada del cuchillo; en el ímpetu social de la colonización; en la sabiduría de la mula, y en el furor del machete que tumba monte y ayuda al hombre a construir cristal y cielo para su refugio. Esta estética en Otto Morales Benítez se hace posible en razón a su humanismo múltiple, a su curiosidad, a su capacidad de buzo

9. Morales Benítez, Otto. *Aguja de marear*, pág. 110.

para nadar por aguas profundas sin erudición artificial. El texto habla por sí solo y, además, resume en una imagen totalizante la entrega en dones de toda la obra de este conductor espiritual.

c. La creación de la creación.

En este punto se plantean varios temas. El oficio de escribir; el comprometedor de revelar nuevas perspectivas para las materias intelectuales; el que sacude el espíritu al someterse a la lectura. En relación al primer punto, Otto Morales Benítez condiciona el trabajo de la escritura a una disciplina esforzada, a una permanencia de encuentro con los rigores y las satisfacciones del desafío de captar la esencia de la vida y de las fábulas.

Se pronuncia al respecto:

Llevo ya cuarenta años tratando de aprender el extraño oficio de escribir y agrega: "Escribir para mí es un deseo de poner claridad en lo que veo y en lo que concibo. Esto sale en palabras que irrumpen de lo más entrañable de mi vida. Los libros los amo porque me han dado solidaridad con muchas gentes, unas próximas y otras lejanas."¹⁰

El mismo ejercicio de la creación que hace conciente, lo desarrolla cuando explora el oficio de escribir en múltiples y disímiles obras. Por eso llega a ellas en su totalidad, y a sus autores los examina al diseñar su semblanza; en su vida atormentada o feliz, en su misión estética. Una y otra vez, sabe que, forjando ese examen de conciencia, que compartiendo ese viaje de la creación, se acerca más al entendimiento del mundo de la realidad y de los sueños. Le facilita no

olvidar que, en ciudades para mí antes ni siquiera presentidas, he encontrado personas que estaban atadas a mi vida.¹¹

Este trabajo de crítico, lo conoce muy bien y, por eso, acepta que la creación no es solamente la incorporación de elementos, sino la revelación de mundos desconocidos. Refiriéndose a esta materia, no puede aceptar que el escritor se proyecte apenas sobre las reglas idiomáticas sino sobre el mundo global de la expresión, que se hace clima, universo, existencia, que le prolongan en el tiempo. Desde otro punto de vista, la creación que se desprende del oficio de escribir (es algo más que artesanía), la concibe como la expresa en unos de sus textos:

Vargas Osorio nos pone en la pista de cómo somos para saber qué es lo que debemos realizar. Y dice que sólo lo lograremos a través de una violencia contra los sistemas intelectuales que nos manejaban en el momento en que él escribió. Es decir, haciendo una ruptura con la cultura tradicional colombiana.¹²

Así asume el oficio de escribir como pontencialización de ideología; ruptura, apertura del pensamiento, hacia lo popular que identifica a través de la palabra. Cada ensayo suyo, acerca de obras y autores nacionales e internacionales, ahonda precisamente en el contorno de las relaciones

10. Op. cit., pág. 306.

11. Ibid., pág. 306.

12. Ibid., pág. 410.

sociales, en su dimensión humana y estética. En los últimos tiempos, la literatura, por temor al panfleto, se ha radicalizado cayendo en una desideologización. No existe, como es evidente, motivos para que los nuevos escritores hagan arte por el arte ni tampoco panfleto. En la buena literatura arde la vida, la pluralidad, el horizonte de una época con sus desgarradoras contradicciones.

En relación con el oficio de renovar la mirada sobre los asuntos tratados, Morales Benítez propone y sugiere múltiples ejemplos que pueden iluminar la imaginación de los nuevos artistas. Dice:

Basta mencionar algunos: el problema de la tierra, la tragedia de los mineros, de los llaneros; la fundación de la riqueza nacional en su triple aspecto industrial, agrícola y ganadero; el tema del café tan rico en sugerencias; la novela y el teatro que se pueden construir con nuestras guerras civiles; la misma actual sumersión de Colombia en paréntesis de angustia; la novela de la colonización que aún no se ha hecho. O la de nuestras ciudades.¹³

Con esta enumeración, el ensayista establece que las posibilidades no están agotadas o que por haberse *fabulado*, aún no son dignas de interés. Las literaturas antiguas, enseñan que un tema no se agota. Más bien se dobla la imaginación por impotencia. Pero volver a mirarlo, es redescubrirlo. Los temas nacionales, están ahí, aprisionando la época actual con una expresión. Frente a un continente herido por las ráfagas de la opresión, es necesario vencer la memoria servil; triunfar sobre aquellas horas en que renegamos de nuestros dioses ancestrales; restituir nuestra vida y nuestra poesía. De este modo, la sangre no será más una fuga, sino un encuentro, que encienda el amor. Junto a hombres múltiples, Morales Benítez va a la cita de esta reminiscencia colectiva, proponiendo temas que permanecen dormidos en muchos escritores. Y que de pronto, pueden encontrar una fidelidad auténtica en sus trabajos mediante una aproximación y meditación sin ambages. El, nos indica algunas constantes de conflicto:

Generalmente el escritor colombiano se dedica a buscar su mundo en problemas ajenos a su medio. Además, ha sido demasiado individualista y muy confiado en que sólo la alta creación artística —perfección en el estilo y belleza del tema— deben procurar desvelo. Quienes se han librado de ese prejuicio, han hecho obra fundamental en la novela y el teatro, llegando, en ocasiones, también a la belleza formal. Entonces no hemos arribado todavía a ese período en el cual no sólo lo individual tiene fuerza y poder, sino que lo social, lo colectivo, son las preocupaciones que realmente deben poner en vigilia y militancia al escritor.¹⁴

En relación al oficio de leer, Morales Benítez sienta un magisterio. La perpetua lectura renueva el amor por la creación. El autor cree en ella como un bien ecuménico, que fortalece y amplía la cultura del hombre, que despierta su sensibilidad. La crónica de su vida de lector, es muy particular. En su pueblo, alquilaba libros para amarlos, como lo hacía su gente, y desafiaba las censuras políticas y religiosas. Pero esa integración de cultura, también es eminentemente social. Morales Benítez deja ver en ella una enseñanza. Leyó en las tertulias de los amigos, en su hogar, en los encuen-

13. *Ibid.*, pág. 397.

14. *Ibid.*, pág. 397.

tros de grupos de adolescentes, en los centros literarios. Hoy en día se ha abierto, a través de las bibliotecas, este bien común. Quizás las relaciones que rigen a los países latinoamericanos y la doble profesión del escritor, han agudizado esta bella forma de leer. Sobre estos tres puntales se afirma la creación de la creación. No es sencillo navegar por una fábula, descubrirla. Morales Benítez sabe hacerlo con los instrumentos y los radares de su formación, con la magia de su propio peculio espiritual. Como vida secreta, encierra una lección digna de ser incorporada como guía.

d. La creación de la crítica.

Frente a este nivel, son muchísimos los planteamientos que ofrece el ensayista. Su misma obra está llena de esas contexturas que iluminan ya las **"Grafías de Pedro Nel Gómez"**, ya la arquitectura indígena, ya las artes plásticas, ya la literatura nacional, latinoamericana y mundial. Incluso su preocupación es tal que llega a explorar el mismo proceso del libro. En cuanto a la crítica, es necesario salirnos del ojo del huracán y comprender que no existe únicamente crítica literaria sino crítica política, sociológica, jurídica, histórica, de temas de la tierra, como lo podemos establecer en los veinticuatro libros que hasta hoy (1983) ha publicado este colombiano. Examen, en fin, en los más diversos campos. Sin este nivel, ¿qué sería de un país? ¿De su cultura? ¿De sus ascensos y de sus equivocaciones? La crítica, según Otto Morales Benítez, es vigilancia; fiscalización en los medios de comunicación a través de presencias plurales. De ahí que su atención se concentre en ensayos sobre literatura, sobre el periodismo, sobre los fenómenos políticos, sobre los hombres públicos, sobre el pensamiento contemporáneo, sobre la provincia, sobre el intelectual y sus libertades, sobre el Derecho agrario y laboral y las demás expresiones de la cultura. De ahí también que se encuentre en este contexto de **"La memoria de la resistencia"** como alguien que vigila con la conciencia histórica, con la probidad y el juicio plural, antidogmático, el desarrollo del mundo contemporáneo.

Como ejemplo pertinente a este estudio, dejemos que él mismo analice el problema de la crítica literaria en Colombia, que por reflejo, nos revela la condición de la otra crítica:

Toda crítica orienta al lector sobre el valor de la obra intelectual, y el artista comprende dónde están sus limitaciones por exceso o por defecto. Fuera de la sinceridad que se exige al creador, se requiere que no olvide la técnica que cada obra exige en concordancia con las inclinaciones temperamentales de aquél. Porque falta de lo anterior, la crítica en Colombia, no es equitativa ni sincera. El artista confía demasiado en el poder y la fuerza de su obra. Toda advertencia por leve que sea, predispona a futuras luchas en contra de quien se atrevió a formular los reproches, limpios de todo encono personal. Y la crítica se ejerce por amigos o enemigos, sin el término medio del equilibrio en el análisis. Esto podría reformarse —y parece que se inicia ese análisis frío a través de páginas bibliográficas— cuando la confianza que tenga el artista en su obra, en su vocación, en su ímpetu, no le permita sentirse disminuido, si, voluntaria o involuntariamente, ha caído en errores. Que sea muy fuerte su convicción en su destino, pero que no busque refugio en su desdén para el crítico y sus apreciaciones.¹⁵

Sometido a esta objetividad, Morales Benítez organiza su visión analítica.

15. *Ibid.*, pág. 395.

Todos sus textos están marcados por el ensayo minucioso, que busca lo esencial del tema, su aporte, lo que quedará como huella. Colombia, a todo nivel, ha desarrollado una historia de esta crítica que ha generado exterminios, estados de sitio, censuras, exclusiones de la vida pública. La crítica literaria no es individual. Está integrada al mundo del conocimiento de todo hombre. Las sugerencias de Otto Morales Benítez nos llevan a pensar que Colombia debería organizar, en la vida académica, social y civil, una trayectoria hacia la crítica; una cátedra de análisis político; un desarrollo de esta capacidad de percepción y juicio en todos los planos de nuestras estructuras. La crítica orienta, descubre zonas ocultas del creador intelectual, ordena el desorden, revoluciona las viejas economías, precisa los destinos de un país, otorga disciplina moral, ética y profesional.

Otto Morales Benítez hace muy bien esta crítica política y social a lo largo de sus reflexiones. Allí nos muestra la causa y el efecto de la inmoralidad, el desangre del contrabando, la anarquía de la urbanización. Frente a un país que crece, no puede faltar el estímulo de una crítica erudita y fluida a la vez; objetiva, que llegue a lo real y que no se quede en el papel sellado del rencor o de la destitución de probabilidades. El acento negativo no debe prevalecer.

Por otro lado, regresando a nuestro campo artístico, ¿qué sería de una cultura, de un arte, de sus expresiones, si la crítica no ilumina sus procesos, sus logros, sus lastres? Así quedaríamos total y crónicamente anclados en la rigidez de los hispanistas formales; en la pasión greco-latinista; en los viejos moldes de las formas literarias europeas. La crítica otorga una nueva mirada sobre el hombre que la hace y sobre la obra contemplada. No en vano la literatura latinoamericana se hizo en análisis de unas formas anacrónicas, de un idioma mancillado por la imposición a la fuerza de una realidad social que rastrea el incesto, el parricidio, la violencia, la urbanización, la soledad, el laberinto, que desconoce y desprecia la situación del mestizo, ante un paisaje ideológico y material del cual sólo apetecen el oro y las especies. De ahí que necesariamente nuestra crítica literaria debiera involucrar en su visión, la posición económica, histórica y jurídica. No se puede hacer crítica literaria, sin antes haber sido un buceador de realidades. El ensayista como Otto Morales Benítez consigue hacerse a esta base en razón a la atención, al compromiso, a su inmersión en los asuntos reales y no solamente ficticios (no de la ficción) de la imaginación dispersada. Nuestro autor nos hace comprender que sin crítica no marcha una patria; que la provincia no puede seguir siendo un tema de novela costumbrista sino que tiene que salirse a influir integralmente en el país. Asimismo ocurre con otros campos de nuestra existencia pública, ya en lo educativo, en la salud, en el trabajo, en el derecho, en la política. ¿Cuántos años hemos perdido en razón a esta crítica limitada? América Latina parece haber sometido su crítica al silencio que impone la dictadura, al exterminio de su palabra y todo comenzó desde cuando se censuró el libro en la Colonia. Es una amarga verdad. La sociedad señorial, tan bien analizada por Otto Morales Benítez, no permitió una evaluación de sus limitaciones y, por eso Colombia, sólo llegó al siglo XX en 1980 y dejó sentir su primera fase de industrialización, que hoy en día apenas se mantiene.

Del mismo modo si no hay crítica, no hay autocrítica. El hombre hace al estado, pero el estado modela al hombre y precisamente el nuestro, por sus carencias y desvíos, no ha sido de los mejores. A pesar de estas fallas, de los modelos de producción esencialmente anti-humanos que han favorecido feudales y capitalistas, la colectividad, si se organiza, puede romper las camisas de fuerza.

Estas son algunas de las ideas centrales que gobiernan la obra plural de Otto Morales Benítez. En ellas hay una lámpara encendida para que puedan mirar abiertamente nuestros contemporáneos. Hay que trabajar en un país, integrarlo al concierto internacional, desarrollarlo no sólo con industria artificial —que obedece a intereses no nacionales—, sino con industria real, que promueva su autonomía, su independencia, que fortalezca su expresión cultural. Esto sólo puede hacerse, según el decir de nuestro autor, apelando a nuestra autenticidad, a nuestra conciencia de mestizo; obedeciendo a nuestras necesidades; con la lectura profunda de lo que hemos sido y somos y afrontamos, hacia el porvenir, como entidad histórica. La obra múltiple de este autor, es respetada, estudiada, comprendida, pero aún lo puede ser más en la universidad, el colegio, en el escenario público. Su importancia, huelga decirlo, radica en su capacidad social de expresarse desde puntos de vista políticos que pueden ser cuestionados por las distintas pluralidades, pero que, en el fondo, encierran uno de los legados colombianos más interesantes para el hombre de hoy y del futuro.